

Horacio (Oda 2, 16) en Francisco de Medrano (Oda XXIV)¹

Manuel MAÑAS NUÑEZ

RESUMEN

Horacio es utilizado continuamente como fuente en el cancionero de Francisco de Medrano. Estudiamos la presencia del poeta latino (Hor., *carm.* 2,16) en Medrano (oda XXIV) y analizamos la recreación.

SUMMARY

Horace's works are systematically used as source in the poetic collection of the Spanish poet Francisco de Medrano. The presence of this Latin poet (Hor., *carm.* 2,16) in Medrano (ode XXIV) has been studied in this essay, and the imitative process has been analysed.

En las odas que clausuran el segundo y tercer libro de sus *Carmina*, Horacio expresó un sano orgullo por la obra poética realizada y vaticinó, como en una especie de visión profética, la futura inmortalidad que le aguardaba. Y es que, como más adelante expone en las odas 8 y 9 del libro cuarto, la poesía posee, en efecto, un poder inmortalizador². Horacio asegura en la oda 2,20 que él alcanzará la inmortalidad por la fama en el mundo entero; incluso llega a decir *me peritus/ discet Hiber* (vv. 19-20), como si estuviera adivinando la celebridad y pervivencia que sus versos iban a tener en las letras hispanas³. Estaba el

¹ Deseamos expresar nuestro agradecimiento a los Drs. Galán Sánchez y Laguna Mariscal por las correcciones efectuadas al artículo.

² Sobre la pervivencia de este tópico en la literatura castellana medieval, cf. M. R. Lida de Malkiel, *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, México, 1983 (=1952).

³ Sobre la pervivencia de Horacio en España es fundamental M. Menéndez Pelayo, *Hora-*

quiriese, no sufriría una muerte completa. La muerte sólo se podría adueñar de su cuerpo mortal. Sus versos, en cambio, habrían de pervivir en el tiempo. Por lo tanto, su «yo poético» sería inmortal. Así lo leemos en la oda 2, 20, 6-7: *Non... obibo*; y lo volvemos a escuchar de nuevo en la oda 3, 30, 6: *Non omnis moriar*. Por otra parte, la proclama de que con su quehacer poético ha levantado un *monumentum aere perennius* implica también que su nombre soportará, indeleble, «la voraz lluvia, el fuerte Aquilón y el paso fugitivo de los años»⁴. Pues bien, si, como hemos señalado, el mismo Horacio profetizaba que hasta «el docto íbero aprendería sus versos», no creemos que resulte exagerado considerar al poeta sevillano Francisco de Medrano como uno de los mejores conocedores, imitadores y traductores que Horacio ha tenido en la historia de las letras españolas.

De hecho, las odas de Medrano existen porque Horacio escribió las suyas⁵. En este sentido, hay veces en que Medrano sigue a Horacio con absoluta fidelidad y su composición es prácticamente traducción de la latina. Otras veces, retoma el tema de alguna oda del venusino, combinando y variando libremente elementos del modelo. En ocasiones, es una estrofa latina la que da origen a todo un nuevo poema. Puede ocurrir también que, a partir de dos odas distintas de Horacio, Medrano elabore una poesía propia. No faltan, finalmente, ejemplos en los que Medrano comienza imitando de cerca a Horacio para acabar, posteriormente, apartándose del modelo. No obstante, en cualquier caso siempre se encuentran rastros de la forma, temática y pensamiento horacianos⁶.

Pero vayamos al texto latino de la oda que vamos a analizar⁷:

*Otium divos rogat in patenti
prensus Aegaeo, simul atra nubes
condidit lunam neque certa fulgent
sidera nautis,
otium bello furiosa Thrace, 5
otium Medi pharetra decori,
Grosche, non gemmis neque purpura ve-*

cio en España, Madrid 1885, recogido en su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, Santander, 1951, VI. Véase también M. Fernández-Galiano y V. Cristóbal, *Horacio: Odas y Epodos*, Madrid, 1990, pp. 44-65 de la Introducción realizada por V. Cristóbal.

⁴ Parafraseamos a Hor., *Carm.* 3, 30, 3-5.

⁵ Cf. Dámaso Alonso, *Francisco de Medrano: Poesías*, Madrid, 1988, p.142.

⁶ Sobre el impacto de las odas de Horacio en las de Medrano, cf. Dámaso Alonso, *op. cit.*, pp.134-153. Asimismo, recientemente se ha estudiado la recreación de la oda IV, 7 de Horacio en la oda XIV de Medrano, cf. A. Ramírez de Verger, «Horacio (Oda IV, 7) y Francisco de Medrano (Oda XIV)», en P. Bádenas de la Peña, A. Martínez Díez, M.ª E. Martínez-Fresneda y E. Rodríguez Monescillo (eds.), *Athlon. Saturae grammatica in honorem Francisci R. Adrados*, II, Madrid, 1987, pp. 767-773.

⁷ Ofrecemos el texto establecido por D. R. Shackleton Bailey, *Q. Horati Flacci opera*, Stuttgart, 1985.

<i>nale neque auro.</i>	
<i>non enim gazae neque consularis summovet lictor miseros tumultus mentis et curas laqueata circum tecta volantis.</i>	10
<i>vivitur parvo bene, cui paternum splendet in mensa tenui salinum nec levis somnos timor aut cupido sordidus aufert.</i>	15
<i>quid brevi fortes iaculamur aevo multa? quid terras alio calentis sole mutamus? patriae quis exsul se quoque fugit?</i>	20
<i>scandit aeratas vitiosa navis Cura nec turmas equitum relinquit, ocior cervis et agente nimbos ocior Euro.</i>	
<i>laetus in praesens animus quod ultra est oderit curare et amara lento temperet risu. nihil est ab omni parte beatum.</i>	25
<i>abstulit clarum cita mors Achillem, longa Tithonum minuít senectus, et mihi forsan, tibi quod negarit, porriget hora.</i>	30
<i>te greges centum Siculaeque circum mugiunt vaccae, tibi tollit hinnitum apta quadrigis equa, te bis Afro murice tinctae</i>	35
<i>vestiunt lanae: mihi parva rura et spiritum Graiae tenuem Camenae Parca non mendax dedit et malignum spernere vulgus⁸.</i>	40

⁸ Una propuesta de traducción podría ser la siguiente: «Sosiego a los dioses suplica el sorprendido en el abierto Egeo cuando negra nube ha ocultado la luna y no brillan estrellas seguras para los marineros; sosiego Tracia enloquecida por la guerra, sosiego los medos engalanados con la aljaba, Grosfo, que no se puede comprar ni con gemas ni con púrpura ni con oro. Y es que ni las riquezas ni el lictor del cónsul pueden ahuyentar las miserables turbaciones de la mente ni las preocupaciones que revolotean alrededor de los artesonados techos. Vive bien con poco aquél que en su humilde mesa disfruta con el brillo del salero paterno, y el temor o la vil ambición no le arrebatan el plácido sueño. ¿Por qué nos lanzamos osados a tantos proyectos en vida tan breve? ¿Por qué nos mudamos a tierras que otro sol calienta? ¿Quién, desterrado de su patria, huye también de sí mismo? Embarca en las bronceas naves la devastadora Preocupación y no abandona los escuadrones de jinetes, más veloz que los ciervos y más veloz que el Euro que mueve los nubarrones. Contento con lo presente, odie el ánimo preocuparse por lo venidero y las amargas temple con calmosa risa; nada hay del todo feliz. Se llevó al ilustre Aquiles una muerte precoz, una larga vejez fue encogiendo a Titono y a mí, quizás, lo que a ti te niegue, me concederá el tiempo. En torno a ti cien rebaños de vacas sicilianas mugen, para ti lanza su

La oda se puede incluir dentro de ese bloque temático que se halla presente en casi todo el cancionero horaciano: la inspiración filosófico-moral de influjo epicúreo⁹. El término fundamental en torno al que gira todo el contenido del poema es el sustantivo *otium*, repetido mediante una triple anáfora en la misma posición versal (vv. 1, 5 y 6). Y *otium* es, en efecto, una *epicurea uox*¹⁰, es el 'ocio', la 'tranquilidad', el 'estado de calma' —libre de afanes— que todo hombre busca en medio de las tribulaciones de la vida. Y es que, como muy bien refleja Horacio en esta oda, el sabio epicúreo, personificado en la composición por el «yo lírico» del poeta, obtiene el máximo placer a partir de la eliminación del dolor corporal y de las preocupaciones vitales, buscando siempre la serenidad de ánimo y la dicha suave. Se trata de un hedonismo razonado y razonable, de una cordura que, apuntando al placer como bien supremo, trata de conseguir la *eudaimonía* por una senda ascética y calculada¹¹.

Hay ideas básicas en la oda —todas ellas de talante epicúreo— sobre las que se articula el concepto de *otium* al que aspira Horacio. Efectivamente, ese desprecio por los peligros innecesarios que se corren al viajar por mar (estrofa 1) o al intentar mediante guerras conseguir lo ajeno (estrofa 2), ese afán por adquirir riquezas (estrofas 3 y 9) o cargos públicos que nos procuran equivocadamente una vida más desahogada (estrofas 3 y 6), ese temor por lo que el futuro nos tiene deparado (estrofa 7) o la inquietud que nos asfixia ante la espera de la muerte (estrofa 8), son preocupaciones que nos coartan e impiden adquirir el *otium* o felicidad a la que aspira el sabio epicúreo. La felicidad del epicúreo sólo es alcanzable a través de la búsqueda de la *autárkeia*, esto es, de la autosuficiencia, que junto a la *ataraxia* (ausencia de turbación anímica) constituyen los lemas del filósofo epicúreo. Para ello es preciso ser conscientes de que los verdaderos beneficios provienen de la Naturaleza, no de la sociedad¹². Este ser *autarkés* va unido en todos los aspectos, como refleja Horacio en la oda, a una norma de frugalidad (estrofas 4 y 10) y de renuncia a lo costoso y superfluo (estrofas 1, 2 y 6), a las ambiciones de honores (estrofas 3 y 5) y de riquezas (estrofas 3 y 9). Para lograr esa tranquilidad, bienaventuranza y felicidad que nos ofrece la Naturaleza, el sabio epicúreo no encuentra nada mejor que la paz espiritual que le proporciona el cultivo de la filosofía. «Nadie por ser joven vacile en filosofar ni por hallarse

relincho la yegua idónea para las cuadrigas, a ti te visten lanas teñidas dos veces con púrpura africana; a mí pequeños campos y la tenue inspiración de la griega Camena me concedió la Parca, que no miente, y al estéril vulgo despreciar.»

⁹ Cf. W. D. Lebek, «Horaz und die Philosophie: die "Oden"», *Aufstieg und Niedergang der römische Welt*, II 31.3 (Berlín-New York, 1981), pp. 2061-2065.

¹⁰ Cf. Sen., *Epist.* 68,10 y Epicuro, frag. 426 Us. (utilizamos la edición de H. Usener, *Epicurea*, Leipzig, 1887, reimp. anastática, Roma, 1963).

¹¹ Cf. C. García Gual, *Epicuro*, Madrid, 1985 (= 1981), p. 186.

¹² Cf. Epicuro, frag. 202 Us.

viejo de filosofar se canse»¹³ nos dice Epicuro al comienzo de su *Epístola a Meneceo*, entendiendo la filosofía como una especie de medicina para el alma. Horacio, en cambio, más poeta que filósofo, halla en su *spiritum... tenuem* (v. 38), esto es, en su inspiración poética, el medio más útil y efectivo para encontrar el *otium* que reclamaba al comienzo del poema.

Si pasamos a la distribución estrófica de los temas, comprobamos que la oda está estructurada según un esquema de oposiciones que reflejamos así:

1. I-III: Aspiración al *otium* (vv. 1-8) / *Recusatio* de riquezas y cargos públicos (vv. 9-12).
2. IV-V: *Aurea mediocritas* (vv. 12-16) / Condena de aspiraciones desmedidas (vv. 17-20)
3. VI-VII: Presencia de la *Cura* en la guerra (vv. 21-24) / Invitación al disfrute del presente y a la búsqueda de la *ataraxia* (vv. 25-28).
4. VIII-X: *Exempla* mitológicos: la muerte como destino universal del hombre. Horacio aspira a no morir del todo (vv.29-32). Riquezas-preocupación de Grosfo (vv. 33-36) / Preferencias de Horacio por su pobreza moderada, su inspiración poética y el desprecio del improductivo vulgo (vv. 37-40): ambas estrofas opuestas en forma de priamel¹⁴.

La estructura que proponemos difiere de la establecida por Ramírez de Verger¹⁵. La primera parte que hemos fijado gira en torno al deseo natural del hombre de conseguir el *otium*, concepto que se opone directamente a los otros dos de la estrofa tercera: *gazae* (v.9) y *consularis... lictor* (vv. 9-10). La triple anáfora con que se reitera el deseo de conseguir un sosiego espiritual, obstaculizado siempre por el afán de riquezas y de cargos públicos, es calco formal, pero no de contenido, de los versos 13-16 del poema 51 de Catulo:

*Otium, Catulle, tibi molestum est;
otio exsultas nimiumque gestis:
otium et reges prius et beatas
perdidit urbes.*

¹³ Epicuro, *Epístola a Meneceo*, D. L. X, 122 (traducción de C. García Gual): μήτε νέος τις ὄν μελλέτω φιλοσοφεῖν, μήτε γέρον ὑπάπχων κοπιᾷτω φιλοσοφῶν.

¹⁴ Creemos atisbar en la oda una composición anular. En efecto, la aspiración al *otium* y la *recusatio* de las riquezas y cargos públicos que aparecen en la primera parte, se corresponden en la parte final de la oda con las preocupaciones que le acarrearán a Grosfo sus riquezas y con la satisfacción de Horacio por su pobreza moderada, su inspiración poética y el desprecio del vulgo. Asimismo, el elogio de la *aurea mediocritas* y la condena de las aspiraciones desmedidas que aparecen en la segunda parte, se corresponden en la tercera con la *Cura* que producen las ansias desmesuradas de los hombres por conseguir nuevas conquistas y riquezas mediante las guerras y con el gozo que supone el disfrute del presente sin preocuparse por el futuro.

¹⁵ Cf. A. Ramírez de Verger, «La construcción de la oda horaciana (los ejemplos de las odas II, 5 y 16)», en el libro colectivo *La oda* (ed. B. López Bueno), Universidad de Sevilla/Universidad de Córdoba, 1993, pp. 47-73. Para la oda 2, 16 establece una estructura dividida en cinco partes, cada una formada por dos estrofas.

En Catulo el *otium*, la «vida indolente del enamorado» opuesta a la «vida activa» del ciudadano dedicado a la milicia, el foro o los negocios, es un concepto negativo. Sin embargo, el que propugna Horacio nada tiene que ver con el del veronés¹⁶. El venusino se ha servido de Catulo, pero sólo en la forma. El contenido filosófico positivo del *otium* horaciano ha de ser buscado en el contexto de la filosofía epicúrea en el que se inscribe esta oda y, más concretamente, en el comienzo del libro segundo del *De rerum natura* de Lucrecio (vv. 1-61). De hecho, podemos encontrar muestras de cómo Horacio traduce y recrea el pensamiento de Epicuro con sólo contrastar la *Sentencia Vaticana* 81 y la tercera estrofa del poema: Οὐ λύει (=non... submovet) τὴν τῆς ψυχῆς ταραχὴν (=tumultus mentis et curas) οὐδὲ τὴν ἀξιόλογον ἀπογεννᾶ χαρὰν οὔτε πλοῦτος ὑπάρχων ὁ μέγιστος (=gazae) οὔδθ' ἢ παρὰ τοῖς πολλοῖς τιμὴ καὶ περιβλεψίς (=neque... consularis lictor) οὔτ' ἄλλο τι τῶν παρὰ τὰς ἀδιοόστους αἰτίας¹⁷.

Pero si en el texto horaciano encontramos calcos del original griego, tampoco faltan claras evocaciones a Lucrecio. En efecto, la expresión *miseros tumultus... mentis* del v. 10 de Horacio es una reelaboración de otra de Lucrecio (2, 14): *miseras hominum mentes*; el sintagma *laqueata... tecta* del v. 11 de la oda horaciana aparece en Lucrecio (2,28) como *laqueata... templa*. Es más, toda la estrofa tercera del poema de Horacio puede ser una reelaboración de los versos 37-38 del libro segundo de Lucrecio:

*Quapropter quoniam nil nostro in corpore gazae
proficiunt neque nobilitas nec gloria regni,*

pues coinciden las ideas e incluso hay evocaciones directas. Más aún, nos atreveríamos a decir que la triple anáfora horaciana de *otium* no sólo puede rastrearse en Catulo, cuya forma sin duda imita, sino que también puede tener un precedente en la triple anáfora del término *suaave* con la que se inicia el libro segundo de Lucrecio (vv. 1, 4 y 6). De esta manera encontraríamos esa adecuación entre forma y contenido de la que carecían los textos de Catulo y Horacio.

En la segunda parte de la oda la oposición se establece entre el elogio del término medio, la *aurea mediocritas* (*vivitur parvo bene*, v. 13), de la estrofa cuarta y la crítica a las aspiraciones desmedidas de la quinta. El tema estaba ya en Epicuro: «La pobreza acomodada a la ley natural es gran riqueza» (frag. 477 Us.); «Muchos que obtuvieron riquezas, no encontraron en ellas la liberación de sus males, sino un cambio de éstos por otros mayores» (frag. 479 Us.). En realidad, el mensaje horaciano es que hay unas necesidades inmediatas y naturales del cuerpo (el hambre, la sed, el frío) que hay que calmar

¹⁶ Cf. A. Ramírez de Verger, *art. cit.*, pp. 66-67.

¹⁷ «No se aleja la turbación del alma ni produce alegría digna de mención la mayor riqueza del mundo, ni el recibir honores de la multitud, ni el gozar de una consideración extraordinaria, ni otra cosa alguna que dependa de causas indeterminadas», traducción de M. Jufresa, *Epicuro: Obras*, Madrid, 1991.

para lograr la serenidad y el gozo del alma. El eco lucreciano en donde seguramente se inspiró para esta oposición entre la *aurea mediocritas* y las exageradas pretensiones de los hombres, lo hallamos en el libro 5, 1118-1119:

*divitiae grandes homini sunt vivere parce
aequo animo; neque enim est umquam penuria parvi.*

La tercera parte de la oda insiste de nuevo en el desasosiego que embarga a los que guerrear por mar o por tierra con el afán de obtener victorias y conquistar nuevas tierras (estrofa 6). Contrapuesto a esta idea, está el sentimiento epicúreo de conformarse con el momento presente y no preocuparse por el futuro, pensamiento que ya aparecía en Cicerón, *Fin.* 1,62: [*sapiens*] *praesentibus ita ponitur, ut animadvertat quanta sint ea quamque iucunda, neque pendet ex futuris.* También la buena cara y la sonrisa ante la adversidad (*amara lento/ temperet risu*, vv. 26-27) es de tono epicúreo: «Hay que reír al mismo tiempo que filosofar», nos decía Epicuro en su *Sentencia Vaticana* 41¹⁸.

La cuarta y última parte de la oda comienza con una estrofa de transición (vv. 29-32), pues, por una parte, está en conexión con la sentencia de la estrofa anterior (*nihil est ab omni/ parte beatum*, vv. 27-28); y, por otra, sirve también de introducción a la priamel que forman las dos última estrofas del poema. En efecto, los versos 29 y 30,

*abstulit clarum cita mors Achillem,
longa Tithonum minuit senectus,*

son *exempla* mitológicos que ilustran la sentencia de los versos 27-28. Hay que advertir, no obstante, que, desde el punto de vista epicúreo, estos dos *exempla*, que hacen recordar al lector la inquietante presencia de la muerte tanto en la juventud como en la vejez, no cuadran muy bien con la doctrina de los epicúreos, cuyo lema principal es que «la muerte nada es para nosotros. Porque todo bien y mal reside en la sensación, y la muerte es ausencia de sensación... Nada hay, pues, temible en el vivir para quien ha comprendido rectamente que nada temible hay en el no vivir»¹⁹. Por otra parte, los versos 31-32 (*et mihi forsan, tibi quod negarit,/ porriget hora*) introducen claramente las dos estrofas siguientes construidas en forma de priamel, pues el *tibi* del v. 31 se encuentra desarrollado en la estrofa novena y el *mihi* de ese mismo verso da lugar a la décima.

Las dos últimas estrofas, en fin, desarrollan en una clara antítesis las situaciones de Grosfo y Horacio. Grosfo es un rico hacendado con una gran ganadería vacuna y equina y vestidos de gran lujo; a él, en correspondencia

¹⁸ Γελᾶν ἅμα δεῖ φιλοσοφεῖν...

¹⁹ Epicuro, *Epístola a Menecao*, en D. L. X, 124-125: Συνέθιζε δὲ ἕω τῷ νομίζειν μηδὲν πρὸς ἡμᾶς εἶναι τὸν θάνατον' ἐπεὶ πᾶν ἀλαθὸν καὶ κακὸν ἐν αἰσθήσει' στέρησις δὲ ἐστὶ αἰσθήσεως ὁ θάνατος... οὐθὲν γάρ ἐν τῷ ζῆν δεινὸν τῷ κατελιφῶτι γνησίως τὸ μηδὲν ὑπάρχει ἐν τῷ μὴ ζῆν δεινόν.

con su situación económica y social, Horacio le asigna una triple anáfora con poliptoto, *te...tibi...te*, propia de un estilo elevado. Horacio, en cambio, que, como epicúreo, rechaza todo placer que no provenga de la Naturaleza (riquezas, cargos, etc.), se designa a sí mismo con un humilde *mihi*. El poeta posee pocos bienes materiales (*parva rura*, v. 37, quizás refiriéndose a su finca de Sabina), una modesta inspiración poética (*spiritum...tenuem*, v. 38), como preceptuaba el ideal calimaqueo de λεπτότης, y un desprecio por el vulgo improductivo, según propugnaba la filosofía de Epicuro²⁰.

En el fondo, Horacio se siente muy superior a Grosfo, en la idea de que la gloria de éste durará mientras dure su vida: cuando muera, con él desaparecerá todo lo que posee. Sin embargo, la gloria de Horacio perdurará, pues, aunque él sólo posea *parva rura* (y pensamos que no se refiere a su finca de Sabina, sino a sus propios poemas) y un *spiritum tenuem*, cuando muera, su legado será imperecedero y, con él, su nombre de poeta²¹.

Si ahora pasamos a la Oda XXIV de Francisco de Medrano, comprobaremos que supone una bella y fiel imitación de la de Horacio:

Sosiego pide a Dios, en su desierta
y alta mar, el piloto a quien la luna
nubes robaron tristes y ninguna
le luce estrella cierta;

sosiego, el alemán infante armado; 5
sosiego, el volador ginete moro:
que no con perlas, Niño, ni tesoro
el sosiego es comprado.

No la América toda es de provecho,
ni las flamencas guardias y españolas, 10
o a mitigar las ensañadas olas
que vaten el real pecho,

o a arredrar deél los tímidos cuydados
que, importunos, sin término rodean

²⁰ Cf. Epicuro, frag. 187 Us. y Hor., *carm.* 3, 1, 1.

²¹ Pensamos que esta última estrofa supone una concesión y adhesión a la poética alejandrina-calimaquea y, por ende, al ideal lírico de los *poetae novi* romanos. No creemos que sea una coincidencia que, mientras Grosfo cría y alimenta «vacas», Horacio prefiera cultivar su *spiritum...tenuem*. Además los *parva rura* pueden aludir, por contraste, al lema calimaqueo de que «un gran libro es un gran mal». Finalmente, el desprecio de la vulgaridad era defendido por Calímaco (*Epigr.* 28, 4). Por tanto, nuestra opinión es que esta última estrofa es una adaptación del programa literario del poeta alejandrino Calímaco que encontramos resumido en el poema introductorio de los *Aetia* (fr. 1. 22-32 Pfeiffer). Cf. al respecto, Verg., *Ecl.* 6, 4-5: *...pastorem, Tytire, pinguis/ pascere oportet ovis, deductum dicere carmen*; y el propio Hor., *Serm.* 2, 6, 14-16: *pingue pecus domino facias et cetera praeter/ ingenium...*

- los techos, que al gran dueño lisongean,
con oro artesonados. 15
- Vívese bien con poco; y quien cudicia
de sus abuelos el hogar pequeño
no romperá con miedo el fácil sueño,
ni con bruta avaricia. 20
- ¿Qué tiramos, en vida, malvalientes,
tan breve, a tan prolixas pretensiones?
¿Qué inquirimos, solícitos, regiones
con otro sol calientes?
- Sube a caballo, y en la nao primero 25
entra, que yo, el cuydado congojoso,
más ligero que el gamo, y, que el neboso
Aquilón, más ligero.
- A lo presente el ánimo alentado,
deel porvenir no cuyde, y la precisa 30
ocasión de pesar, temple con risa;
que no ay bien consumado.
- Robó a Alexandro el hado intempestivo;
alargóse embidioso de Hadriano;
y a mí por dicha el tiempo dará, 'umano, 35
lo que a ti niega, esquivo.
- De apriscos a ti un ciento en torno ciñen;
mil vacas para ti las ubres crecen;
y para ti el relincho ensoberbecen
mil yeguas; y se tiñen 40
- tus paños una y otra vez en grana.
A mí una grei dio el çielo, de vil precio;
un grato ingenio; un señoril desprecio
de la chusma profana ²².

Observamos, como muy bien señaló D. Alonso, que la estrofa sáfica del original se imita con la combinación *ABBa*, incrementando Medrano cada estrofa con dos sílabas ²³. Los temas y la distribución son idénticos, con ligeras modificaciones necesarias bien para ajustar las expresiones horacianas a la lengua castellana, bien para adecuar la oda a las condiciones españolas de la época.

²² Seguimos la edición de Dámaso Alonso.

²³ Cf. D. Alonso, *op. cit.*, p. 292.

En efecto, las dos primeras estrofas de Medrano mantienen la triple anáfora del original, con el *otium* horaciano traducido por «sosiego»; pero incorporan en el v. 8 una nueva repetición del término que, a nuestro juicio, resta brillantez a la composición. El *divos* (v. 1) del original se ha cambiado por el «Dios» (v. 1) cristiano en Medrano, pues a finales del siglo XVI y principios del XVII es inconcebible hablar de «Dioses» en plural. El *Egeo* del original es transformado en «alta mar», muy de acuerdo con el sentir horaciano, pues, efectivamente, el sintagma *in patenti... Aegaeo* (vv. 1-2) del venusino equivale por sinécdoque a la «desierta y alta mar» (vv. 1-2) de Medrano, con igual disposición versal en ambos casos. Los pueblos guerreros *Thrace* y *Medi* (vv. 5-6) del original se cambian por el «alemán» y por el «moro» (vv. 5-6) en Medrano, acomodando así el contenido a las circunstancias hispanas menos lejanas de las guerras con Alemania y de la dominación que dio origen a la Reconquista. El vocativo *Grosphie* también lo cambia Medrano por el de «Niño» (v. 7), refiriéndose a «Don Fernando Niño de Guevara, Cardenal y Arzobispo de Sevilla», a quien dedica la oda.

La estrofa tercera del original la encontramos desglosada y ampliada en dos estrofas en la imitación de Medrano. Las *gazae* y el *consularis lictor* que, según Horacio, no contribuían a lograr la serenidad anímica, los transforma Medrano en

«No la América toda es de provecho (= *gazae*)
ni las flamencas guardas y españolas (= *consularis lictor*)»,

en clara consonancia con las circunstancias sociales y políticas de la España del siglo XVI. Y es que, efectivamente, toda la riqueza del país en ese momento venía de América. La *imitatio* ampliada —pues en este caso no es traducción— de la juntura *miseros tumultos mentis* (v. 10-11) por las «las ensañadas olas que vaten el real pecho» es irreprochable, dado que *tumultus* tiene en latín el sentido de «oleaje borrascoso y tempestuoso». La estrofa cuarta tiene además algunos añadidos que no aparecen en Horacio: «importunos», «que al gran dueño lisongean», «con oro».

La estrofa quinta corresponde a la cuarta del original. Reproduce con gran fidelidad el movimiento estilístico de la oda latina y se conserva el encabalgamiento. La máxima epicúrea *vivitur parvo bene* (v. 13) es traducción directa en Medrano: «Vívete bien con poco» (v. 17), mientras que la añorada frugalidad romana (*cui paternum/ splendet in mensa tenui salinum*, vv. 13-14) es recreada por Medrano como «y quien cudicia/ de sus abuelos el hogar pequeño», con el mismo sentido que el original.

En la sexta estrofa de la composición española se conservan la triple anáfora, con poliptoto en el último término repetido (*quid...quid...quis*, vv. 17-19), y el hipébaton de la horaciana. En general, es fiel al original, pero, como casi siempre, se desarrolla con mayor amplitud lo que en latín está ex-

presado de manera más escueta. Así, por ejemplo, el predicativo latino *fortes* (v. 17) lo traduce con la palabra compuesta «malvalientes» (v. 21) y el adjetivo neutro *multa* por «a tan prolixas pretensiones»²⁴. Esta mayor extensión con que Medrano vierte y recrea los versos horacianos es la causa por la que se ve obligado a elidir los vv. 19b-20 del original que aluden al *exsul*.

En la séptima estrofa de Medrano desaparece *aeratas* (v. 21); el doble sintagma verbal latino *scandit... non relinquit* (vv. 21-22) queda reducido a un único «sube», igual que las *turmas equitum* (v. 22) se transforman en la expresión «a caballo» (v. 25). El *Euro* (v. 24) es sustituido en Medrano por el «Aquilón». Por lo demás, se conservan los hipérbatos y encabalgamientos, y los versos 23-24 del original son traducidos con extrema concisión y belleza: «más ligero que el gamo, y, que el neboso/ Aquilón, más ligero» (vv. 27-28), creando un hermoso quiasmo que sustituye el paralelismo de latín.

La estrofa octava de Medrano refleja con bastante exactitud el pensamiento que Horacio expone en su estrofa séptima. Realmente, se trata de una traducción —más o menos literal— de la estrofa más que de una adaptación o imitación: «A lo presente [*in praesens*] el ánimo alentado [*laetus animus*],/ deel porvenir [*quod ultra est*] no cuyde [*oderit curare*], y la precisa/ ocasión de pesar [*et amara lento*], temple con risa [*temperet risu*];/ que no ay bien consumado [*nihil est ab omni/ parte beatum*]»²⁵. Como vemos, la correspondencia entre el texto castellano y el latino es casi perfecta. Incluso el tono proverbial de la última frase horaciana es recogido por Medrano con la oración no menos sentenciosa de que «no ay bien consumado» (v. 32).

La estrofa novena del poeta sevillano es imitación de la octava del venusino. La imitación de Medrano es poco fiel respecto a su modelo, pues alude a «Alexandro» y a «Hadriano» (vv. 33-34) en vez de a Aquiles y a Titono (vv. 29-30); se habla del «hado» (v. 33) en vez de la *mors* (v. 29); no se hace mención de la *longa senectus* de Titono y se añaden los adjetivos «umano» y «esquivo» (vv. 35-36), que no aparecen en el original.

Las dos últimas estrofas de la oda española respetan bastante fielmente la novena y décima latinas, al menos en lo que atañe al sentido. Traduce el poeta hispano —creemos que con buen criterio— el numeral *centum* (v. 33) por «mil» (vv. 38-40), pues, en realidad, ese *centum* está aludiendo a un número indeterminado, grande e infinito, y no a cien exactamente. Los adjetivos que determinan a las *vaccae* (*Siculae*, v. 34) y el *murice* (*Afro*, v. 35) son eliminados, por ser referencias de ambiente típicamente romano. El único verbo latino (*mugiunt*, v. 34) que acompaña a los sujetos *greges* y *vaccae* es desglosado en dos por Medrano: «ciñen» (v. 36) y «las ubres crecen» (v. 37). La *Parca* (v. 39) de la última estrofa latina, por ser una referencia pagana, es sustituida por «el cielo» (v. 42), más acorde con el sentir cristiano de la sociedad espa-

²⁴ Interpretando, seguramente, el neutro plural *multa* como un acusativo interno.

²⁵ Vv. 25-28 de Horacio y vv. 29-32 de Medrano.

ñola del momento. Los *parva rura* (v. 37) horacianos se convierten en «una grei... de vil precio» (v. 42); el verso 38 (*spiritum Graiae tenuem Camenae*), que expresaba la filiación calimaquea de Horacio, es remplazado por un insulto «grato ingenio» (v. 43) y la concisa expresión *malignum/ spernere vulgus* (vv. 39-40) es ampliada por Medrano a «un señoril desprecio/ de la *chusma profana*», teniendo, sin duda, en cuenta para la elaboración de este último verso el comienzo de la famosa oda 3, 1 de Horacio: *Odi profanum vulgus*.

Concluyendo, observamos que Medrano vierte con bastante fidelidad la oda horaciana objeto de nuestra atención. Pero hay diferencias respecto de su modelo, ya porque ha suprimido referencias exclusivas del mundo romano y las ha cambiado por otras más acordes con la España de su época, ya porque ha ampliado concisos sintagmas latinos mediante claras *amplificaciones*, ya porque ha omitido otros que no le interesan o no le cuadran en su esquema compositivo, ya porque incluso ha tomado como referencia algún verso de otra oda de Horacio. En general, se puede observar que el respeto por el tema epicúreo es absoluto y que la estructura compositiva estrófica es idéntica en ambos casos, exceptuando, claro está, las estrofas tercera y cuarta de la imitación, que suponen una *amplificatio* de la tercera latina.

Hemos comprobado, por tanto, que Horacio tenía razón al atribuir a la poesía ese poder inmortalizador. En efecto, era consciente de que su nombre y sus versos perdurarían a lo largo de los siglos y de que hasta «lo aprendería el docto ibero» (*carm.* 2, 20, 19-20). Medrano se constituye así en una clara muestra de cómo los versos horacianos han sido fuente continua de inspiración entre los poetas hispanos. Finalmente, no queremos terminar sin señalar cómo el comienzo de esta oda latina revierte en el soneto de Quevedo titulado «Reprende la continua solicitud de los usureros»²⁶, especialmente en los versos 7-8:

Con más vergüenza viven Euro y Noto,
Licas, que en nuestra edad los usureros:
sosiéganse tal vez los vientos fieros,
y, ocioso, el mar no gime su alboroto.

No siempre el Ponto en sus orillas roto
ejercita los roncocos marineros:
ocio tienen los golfos más severos:
ocio goza el bajel, *ocio* el piloto.

Cesa de la borrasca la milicia:
nunca cesa el despojo ni la usura,
ni sabe estar ociosa su codicia.

²⁶ F. de Quevedo, *Poemas morales*, en *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, 1981, núm. 66, p. 60.

No tiene paz; no sabe hallar hartura;
osa llamar a su maldad justicia;
arbitrio, al robo; a la dolencia, cura.»

Observamos, igualmente, la triple anáfora que elaboró Catulo y que luego retomó Horacio. Y es que los versos de Horacio, además de modelo, fueron crisol para la posteridad de toda la tradición lírica que lo había precedido ²⁷.

²⁷ Cf. V. Cristóbal, «Precedentes clásicos del género de la oda», en el libro colectivo *La oda* (ed. B. López Bueno), Universidad de Sevilla/ Universidad de Córdoba, 1993, pp. 19-45.